

TRAS LAS PISTAS DEL ENSAYO

*«Todo hombre debe ensayar, pensando a solas,
hablando con su prójimo, escribiendo
y quizá publicando, mientras hable, escribe o publique
de cuestiones que lo cuestionen».*

GABRIEL ZAID

León Sigifredo Ciro R.
Profesor Universidad Autónoma de Manizales



P

ara el ejercicio de escribir este Ensayo sobre el Ensayo, tengo al menos dos posibilidades de partida: La primera está referida a un propósito práctico: intentar un ejemplo acerca de lo que es un Ensayo a través de un escrito tipo Ensayo. La segunda posibilidad de partida está dada en los textos de Gabriel Zaid («Negándose a recitar», en: Poesía en la práctica, Fondo de Cultura Económica, México 1985) y de María Fernanda Palacios («Misericordias y fulgores del Ensayo en la Venezuela de hoy», en: Saber y sabor de la Lengua, Monte Avila, Caracas 1987), textos ambos en que los autores referidos «Ensayan» sobre el Ensayo.

Y si hablo de dos posibles puntos de partida para escribir este Ensayo, es para significar que el géne-

ro ensayístico asume los puntos de partida como múltiples y variables, pero que desconoce los puntos de llegada, en virtud de lo que señala María Fernanda Palacios cuando dice que el Ensayo «no afirma ni responde, sino que incita a interrogar» (Pag. 111).

Busco en consecuencia, con lo anterior, otro punto de partida y se me antoja bucear en el sentido oculto del título de este trabajo «Tras las pistas del Ensayo». El sustantivo «pistas» se me revela provocador. «Pistas» lo asocio con claves, también con caminos y avenidas, rutas de tránsito, de recepción o de partida. Y si Ensayar, en este sentido, constituye un ejercicio del pensamiento, metafóricamente podría plantearse la existencia de pistas o caminos o avenidas por las que transitan las ideas y los conceptos ya no sólo para Ensayar, sino también para encontrar o asignar significado al mundo.

En este sentido, propongo a continuación algunos caminos de tránsito para las ideas en relación con el Ensayo:

1. LA PARADOJA DE LA SERPIENTE

Literalmente, una serpiente al cazar se traga entera a su víctima. Pero a veces, cuando se enrosca, por una extraña equivocación, confunde su cola con una víctima y empieza a devorarse a sí misma, a tragarse entera así misma.

Da gusto pensar que por acto propio la culebra opera la magia de su desaparición, aunque en la realidad ese fenómeno no puede ocurrir, debido a que la longitud de la culebra se conserva como una sumatoria de la parte de sí misma que puede tragarse, y de la que no puede tragarse.

De la misma manera, al escribirse un Ensayo con tema «El Ensayo», puede operarse la paradoja de la serpiente: que termine negándose o afirmándose como Ensayo. Es decir, debe hablar del Ensayo de manera Ensayística o postular lo que en sí mismo no

puede ejemplificar.

En otras dimensiones ocurre lo mismo. Juan Pablo Castel, por ejemplo, refiere la anécdota del Poeta Lartigue que escribió un libro sobre la vanidad de los seres humanos, pero que se quejaba por no haber recibido el Premio Nacional de Poesía. O el caso de muchos políticos que se declaran de izquierda pero que viven una cotidianidad al extremo conservadora. O el de muchos maestros que proclaman la creatividad como la panacea de la educación, pero que no pueden trabajar sin el manual bajo el brazo. O el caso de las feministas que viven su vida como una caricatura del machismo más obsoleto. O el del filósofo que maneja al dedillo la estética escrita en los libros de Kant, pero que sólo ve carne en los cuerpos femeninos que no caminan sino que danzan en los pasillos de la Universidad, etc.

De las expresiones del pensamiento tal vez el Ensayo es la que mejor encarna la paradoja de la serpiente. Lo que postula se vuelve sobre sí mismo para negarlo o para afirmarlo. Es, dicho de otra manera, un ejercicio del pensamiento dirigido hacia un objeto, pero que vuelve sobre el pensamiento a modo de interrogación. También constituye el mejor ejemplo del deber ser de la condición humana: actuar reflexionando la actuación. Es llevar al límite lo que escribió Fernando Gonzalez: «Nadie puede transmitir la belleza que no posee».

2. LOS PUNTOS DE REFERENCIA

Dice María Fernanda Palacios que «El Ensayo es (...) hijo o hermano del diálogo». (Pag. 111). También afirma que «El Ensayo, antes de ocuparse de las ideas de otro, de las teorías de otro, es un trabajo de reflexión, un trabajo reflexivo, donde el sujeto que escribe se convierte en el asunto mismo de la indagación». (Pag. 110). Pues bien, creo que el diálogo del pensamiento de un individuo que ensaya puede darse en la disertación consigo mismo, o en el diálogo-debate-interrogación con ideas o concep-

tos que sirven como punto de referencia.

Mi reflexión, mi pensamiento en este caso, asume como avenida los puntos de referencia de Zaid y Palacios, que concuerdan en una cosa: el carácter interrogativo del Ensayo, el diálogo consigo mismo y con otros, la flexibilidad, la ausencia de verdades absolutas.

Deduzco de lo anterior, un componente que me parece definitivo del Ensayo: su apertura al fuego y a la aventura que no puede interpretarse como irresponsabilidad. En un mundo tan reglado, tan normatizado como el que vivimos, los espíritus aventureros no dejan de parecerme una promesa. Frente al orden impuesto, los aventureros se ven como contestatarios y rebeldes. Yo sólo los veo como los buscadores de otras posibilidades que la norma prohíbe.



Por su parte, la aventura es pariente del juego y del riesgo. Tal vez el arte y la ciencia nacen en el riesgo, en la superación del límite, en la exploración de lo no imaginado, en el enfrentamiento a lo desconocido. En este sentido, el Ensayo puede partir de lo conocido y de lo imaginado, pero no se repite, explora más allá de lo imaginado. Ensayar, pues, es una manera de asumir la herencia de la cultura humana. Porque, sobre qué, sino sobre la capacidad de búsqueda y de aventura, se ha estructurado la cultura humana?

Quede claro, sin embargo, que la búsqueda, la interrogación y la aventura son condiciones del Ensayista, pero no exclusivamente del Ensayista. Muchos seres humanos utilizan esas características para

hacer negocios, para inventar máquinas e incluso para acceder a las mieles del amor, del poder o de la guerra.

3. LA PISTA PARA EL JUEGO

Antes mencioné que el juego es otro componente del Ensayo. Ahora se me ocurre que no es propiamente un «componente» sino su manera de ser. Ensayar es un ejercicio preparatorio, una prueba, no una demostración. Ensayar a exponer, a interrogar, a encontrarse. Por eso dice María Fernanda Palacios que el Ensayo se origina en la «debilidad» y en la «modestia», y nunca en la certidumbre ni la ostentación. El Ensayo no es demostrativo sino inquisitivo, por lo tanto lúdico. El juego de buscar, Cuclí - Cuclí (o escondidijo) me parece un simil interesante a propósito de lo que propongo sobre el Ensayo. El encanto del juego, su magia, radica en la búsqueda, en el escondite, en no dejarse encontrar. El

Ensayista hace lo mismo; explora caminos, examina indicios, interroga, se contradice, vuelve sobre sí mismo para reanudar o para diseñar atajos. Yo pienso que en los orígenes de la ciencia, del arte y de la cultura está el juego. El homo ludens es anterior al homo sapiens, y esa puede ser una vía para la erradicación del utilitarismo y del pragmatismo que caracterizan a nuestra época.

Por eso, hacer Ensayo, escribir Ensayo, en este tiempo de las certezas, de la productividad y del rendimiento económico, constituye un magnífico ejemplo de romanticismo o de utopía: aportarle al sueño de ver la vida más cercana al disfrute y más lejana de la productividad como modelo humano, a toda costa.